



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13377

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

JUEVES 21 DE JUNIO DE 1916

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Melquiades Alvarez

Un periódico madrileño, «El Globo», da la noticia:

Melquiades Alvarez, el orador insignie, nuestro primer orador, impulsado por su patriotismo se ha hecho monárquico, pero sin abjurar de sus ideas democráticas.

El referido periódico pone en boca de Melquiades Alvarez el siguiente período de un discurso vertical y luciente como un faro: «¿Podemos, actualmente, acometer lo que pensamos cuando nos dejan? ¿Probémoslo! ¿Da buen resultado? Mejor para todos y orgullo para nosotros, que nos usaremos de lo conseguido. ¿Que los frutos los cosechará la Monarquía? Pues si queriendo evitar esto no intentamos ni emprendemos la ejecución de nuestro programa, seremos cultistas de lo accidental, no servidores de lo permanente, que es la Patria; y á la Patria la debemos algo más positivo que palabras y palabras».

Los sensatos, los prudentes, los honradamente prácticos, deben admirar en Melquiades Alvarez, más que al orador portentoso, menos retórico que Canelar y más artista que Martos, al estadista, al gobernante, al patriota...; á uno de los hombres enérgicos, inteligentes, cultos, seguro de sí mismo, que España pide para salvarse.

Melquiades Alvarez podía ser popular; puesto que para serlo no hay más que adular á las masas; podía ser árbol de nuestro Parlamento; podía ser influyente, rico, poderoso, y él desdeñaba estas cosas. En un mitin de Córdoba, ante un público de revolucionarios que le increpaba, él dijo serenamente las más crudas verdades que á nuestro engañado y explotado pueblo pueden decirse. En el Congreso permanece meses y meses silencioso, sin cuidarse de las insidias envidiosas que le asechan y de la calumnia que le persigue. Sonríe y calla hasta el momento de ver en

peligro las libertades conquistadas á costa de tantos afanes, de tantos sacrificios. En los provechos de su bufete rechaza un puesto de veinte mil pesetas anuales que una compañía ferroviaria le ofreciera; y es que hay en su conciencia una ley moral ante la que jamás claudica.

El partido liberal y la monarquía están de enhorabuena con haber logrado la adhesión de este ilustre político, capacitado para gobernar y hacer de esta nación que se desmorona, la España nueva tan hondamente anhelada por todos los buenos patriotas.

Del «Cancionero general»

El conde Arnaldos

Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba á cazar,
y venir vió una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos huca amainar,
los peces que andan al hundo
arriba los hace andar;
las aves que andan volando
las hace al mástil posar.
—Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
sobre aguas de la mar,
de los llanos de Almería,
del Estrecho de Gibraltar,
y del golfo de Venecia,
y de los bancos de Flandes,
y del golfo de León
donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios, te ruego, marinero,
digáisme ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:
—Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va.

Cancionero general.

Colonias Escolares

(CARTA ABIERTA)

Sr. D. E. Martínez Muñoz.

Mi querido amigo: La carta de usted, que ayer dí á la publicidad en estas columnas, me ha despertado el deseo vivísimo de cooperar con mis escasas fuerzas á la realización del hermoso proyecto que usted acaricia; organizar en épocas de vacaciones colonias de niños raquítics, para librarlos por medio de un sabio plan de higiene y alimentación, de las garras de la tuberculosis, que tantas vidas, en plena eflorescencia, se lleva consigo...

Mañana ó pasado, cuando estudiado bien el asunto pueda concretar las probabilidades de éxito que ahora sólo vislumbro, expondré á usted mi pensar, sobre los medios que habían de emplearse para ver puesta en práctica la protección que anhela para la infancia, protección que, por un incomprensible desmayo de su espíritu, llega usted en su carta á considerarla poco menos que utópica. Yo creo, por el contrario que nada hay más fácil de conseguir.

Las gestiones por usted practicadas hasta ahora para lograr la realización de su proyecto, no han obtenido satisfactorio resultado, porque fueron hechas en «el mundo oficial.» Y ¿qué saben de Misericordia, de Higiene, de Pedagogía todos esos hombres que responden al tratamiento de «ilustrísimo señor», ó de «excelencia» como á un apodo que, en vez de robotaría, tuviera la propiedad de atraer la gloria; que cruzan su pecho con bandas polícromas; que llevan el estornón y los ijares acorazados con toda suerte de placas irradiantes, y tocado el cráneo con vistosos penachos? A lo más sólo son capaces de idear un nuevo y más complicado método de recaudación de las contribuciones, que el existente.

Hay que recurrir á la iniciativa particular, á los nobles y generosos sentimientos de los simples particulares para llevar á la práctica cualquiera idea de Caridad y de Justicia, de Progreso y de Redención.

A las magníficas vibraciones que

han divulgado por los aires su noble proyecto de reorganización de colonias escolares, yo he de unir los tintineos de la esquila de que dispongo,—mi pobre pluma y las columnas de este periódico,—y con la ayuda de toda la prensa local, que nos la prestará—seguro estoy—eficaz y completa, lograremos el triunfo.

De usted muy devoto amigo,

José M.^a Marabotto.

Exámenes

para la Escuela Naval

En los exámenes de Aritmética han sido aprobados con las notas que á continuación se expresa, los aspirantes siguientes:

Don Jesús Rotaecha, 7,8; D. Manuel Nieto, 4,2; D. Emilio Suárez, 7,4; D. Guillermo Díaz, 0,8; D. José Viena, 0,8; D. Francisco Butigiet, 3,6; don Agustín Miranda, 5,4.

CRONICA

El voto femenino

Paul et Victor Margueritte, en *Le Journal*, abogaban días atrás por el derecho electoral de la mujer.

Entre otras cosas bellamente expresadas refase lo que transcribo, manteniendo el original en toda su pureza. «Car ces revendications ne sont pas nouvelles: ce n'est pas d'hier que la femme, à travers le portevoix de quelques audacieuses, demande à être associées à la responsabilité sociale et politique. ¿El a fait pourquoi pas? Nous n'avons jamais entendu donner une bonne raison contre.»

Soy... ¿feminista? Bueno, valga el mote. Pero no me convence el argumento que emplea la hermosa mitad del género humano para justificar la petición de esa asociación á la responsabilidad social y política.

Dice el sobadísimo refrán, que «Ni tanto ni tan calvo que se le vean los sesos.» Tengo para mí que eso de pedir el voto electoral no salió de seso de mujer, ni por pienso. Esa es idea hombruna, idea macho, de los que tal

vez bregan por acercar á la mujer á la categoría social del hombre, mientras no sufren que su esposa—si la tienen—retrase un minuto los deberes que se relacionan con la cocina... ó el armario ropero.

Se hace indispensable no confundir los términos. Una fórmula precisa establece la igualdad de la mujer con respecto al hombre. Igual, sí; idéntica, no. ¿Se quiere más claro?

Por amor á la independencia racional de las hijas de Eva, no vamos á establecer una completa confusión de aptitudes. ¿Puede la mujer votar? Puede. ¿Debe la mujer votar? No debe. Así, en redondo.

Atestigua las ventajas de esa intervención femenil en la cosa pública, según Paul et Victor Margueritte, el hecho de que voten las mujeres en cuatro Estados de América: Wyoming, Utah, Colorado é Idaho.

Votan también en la Australia occidental, en nueva Gales del Sud, Tasmania, Queensland y Victoria.

Y afirman los panegiristas:

«Les resultats ont été excellents au point de vue moral, hygiénique et libertaire.»

¿Por qué han sido excelentes? ¿En qué se funda la excelencia? Convendría saberlo. Porque, después de todo, se ignora si los sufragios femeninos han variado en algo la esencialidad de aquellos Estados y su fisonomía política.

Es muy posible que la libertad, la moral y la higiene no hayan perdido ni ganado con ello. Si fuese así—que es muy posible que así sea—no se habrá obtenido más que una especie de «distracción» de las funciones naturales del sexo.

No creían los enamorados de la mujer-elector, que la facultad por parte de ésta de elegir diputados influya grandemente en lo que indican Paul et Victor Margueritte en estas líneas:

«Non seulement la cause de la femme sacrifiée par le Code et les mœurs, au moins dans le mariage, mais les intérêts essentiels que jamais l'égoïsme de l'homme ne saura, à lui seul sauvegarder.»

He subrayado á propósito las últimas palabras. ¿No constituyen por sí

Era día de fiesta. Antes de amanecer había que sacar el pan del horno, hacer la suda, cocer la galeta, ordenar la vaca, reparar vestidos y camisas, lavar á los chicos, traer agua y disputar á la vecina una parte de la estufa. Akulina se dedicó á todas estas faenas, sin dejar por eso de estar en acecho.

Era de día. Las campanas llamaban á los fieles á los oficios; los chicos se levantaron, y Polikoy no estaba allí todavía. Había bebido a vispera por primera vez y a nueve había cubierto desigualmente los campos el cañi y los tejados. La mañana, como si quisiera reazar la fiesta, se anunciaba hermosa, llerá de sol, frías, de modo que podía verse y oírse todo desde lejos.

Pero Akulina, de pie ante la estufa, estaba tan atenta al cocido de su gallina, que no oyó venir á Polikoy. Sólo por los gritos de sus hijas supo la llegada de su marido.

Amutka, como la mayor, se había dado grasa en la cabeza y se había puesto su mejor traje; llevaba un vestido de indiana color de rosa, arragado, aunque nuevo, regalo de la señora, que la estaba muy mal, pero que había de hacer rabiar á las vecinas; sus caballos relucían, como que había gastado medio codo de vela de sebo. En cuanto á las botinas, si ser nuevas, tenían un cuero muy fino. Maucha, todavía en camiseta, estaba jugando en el barro,

y Anitchka la sostenía á cierta distancia, por temor de que la manchara.

La niña estaba fuera, cuando llegó Polikoy con un saquito.

—El pap ha venío—gritó.

Y se lanzó á la puerta como un rayo, manchando al pasar á Anitchka, la cual, no temiendo ya que la ensuciara, se puso á pegar á Maucha. Akulina, que no podía apartarse de su quehacer, se contentó con dar cuatro vocales á sus hijos, diciéndoles:

—¡Eh, que os voy á pegar á todos!

Luego se volvió hacia la puerta. Iiitch, con un saquito en la mano, habia entrado en el portal y se había escurrido escogida hacia su rincón.

Parecía á Akulina que estaba pálido y que su rostro conservaba huellas de risas ó de lágrimas. Pero no tenía tiempo de examinarle de cerca.

—¿Y qué Iiitch, todo marcha bien?—le preguntó desde el hogar.

Iiitch, dijo unas palabras entre dientes que ella no comprendió.

—¿Qué?—dijo la mujer.—¿Has ido á casa de la señora?

Iiitch estaba en el rincón, sentado sobre la cama, di-

—¿Cómo es que Polikoy no llega?—decía la señora impacientemente, dirigiéndose á Duniacha, que la estaba pelinando.—¿Dónde está Polikoy; por qué no viene?

Aksiu'tka corrió otra vez á casa de los siervos; se lanzó al portal y dejó dicho que Iiitch fuese á ver á la señora.

—¿Pero si hace mucho rato que ha ido!—respondió Akulina, que después de haber lavado á Maucha, acaba de sentar en la arteza á Sionzka, su criaturita de pecho, y le mojaba los rulos pelillos de su cabeza, sin hacer caso de sus chillidos.

El niño gritaba, hacía gesto, y procuraba agarrar algo con las manecitas inconscientes. Akulina sostenía con una de sus anchas manos la espalda del niño y gordeta, y llena de hoyitos, y con la otra le lavaba.

—Ve á ver si se ha quedado dormido en alguna parte—dijo mirando en derredor con inquietud.

En este intervalo, la mujer del tabanista, despojada y con el corpiño desahogado, sabía al desván recogiendo las faldas, para descosillar el vestido que allí estaba secándose. De repente se oyó en el desván un grito de terror, y la mujer, como loca, con los ojos cerrados, á gatas, y más bien saltando como un gato que corriendo, bajó las escaleras gritando: ¡Iiitch!

Akulina soltó al niño que estaba lavando.